

Ambos obedecieron al instinto conservador y á la ley que gobernaba las voluntades y los acontecimientos. La revolución chilena no tenía otra forma de manifestación, que no fuese el parlamentarismo, so pena de no tener razón de ser y de asumir los caracteres de un feto informe. Aun para constituir una dictadura, como el historiador chileno antes citado lo indicaba, era indispensable su concurso. Sin él, todo habría sido fuerza bruta sin sanción legal ó anarquía estéril, como sucedió después cuando se eliminó su intervención moderadora. Es posible que con el parlamentarismo lo mismo que con la dictadura, la revolución chilena se hubiera perdido al fin, porque era orgánicamente débil en sus comienzos, y faltaron á sus dos entidades las cualidades impulsivas que salvan á los pueblos en sus grandes crisis; pero el hecho es, que esa revolución se perdió en manos de una dictadura inhábil para la lucha como lo había sido para el bien, y que fué renegada por todo el país en su tiempo como ha sido renegada por la posteridad. Si el parlamentarismo, aparte de sus vicios ingénitos de conformación, no hizo todo lo que debió, culpa es de los tiempos ó de los que no supieron ó no quisieron darle nervio, y conspiraron contra su autoridad, sin moral y sin ley, y si con él se hubiese perdido habría sido con más gloria y más provecho. En todo caso, no puede negarse, que merced al principio vital que entrañaba en sí, aun después de sofocado en la cuna por sus mismos creadores, mereció la revolución chilena el destino de sobrevivir á su derrota, y resurgir con elementos de reorganización y de gobierno. Tal es la síntesis filosófico-política de la revolución chilena en sus relaciones con el desarrollo inicial del parlamentarismo, como los hechos lo han comprobado.

XII

Con la instalación de la primera asamblea representativa, termina el período inicial del desarrollo orgánico de la revolución chilena y se opera su primera evolución parlamentaria, abriéndose en seguida otro período de paralización y de agitación, de descomposición y recomposición, que la vivifica y la trabaja, y termina con su catástrofe, para renacer después á la vida nueva con los elementos que se incorpora en estos dos períodos de gestación embrionaria.

El alto congreso, que inauguró el gobierno representativo popular, abrió sus sesiones figurando los radicales en alarmante minoría: de los cuarenta miembros que lo componían sólo trece le pertenecían, y tres de los que sumaban el total eran notoriamente godos, con la singularidad de haber sido elegidos por la ciudad de Concepción, base del influjo de su jefe de partido. Los moderados vencedores no sabían qué uso hacer de su mayoría, y permanecieron en su quietismo, gravitando sobre la situación con la masa inerte de sus votos. No era que careciesen de propósitos inmediatos ni de energía para sostenerse en el poder; pero sin experiencia ni nociones prácticas, sin plan y sin ideas fijas, oscilaban entre la revolución con todas sus consecuencias y el equilibrio inestable de una conservación á medias. Su actitud indecisa revelaba su composición bastarda y su debilidad orgánica. Era una promiscuidad de oligarquía y de plutocracia combinada con un patriotismo tímido y tendencias retrógradas que se confundía con la reacción, en que entraba por mucho el egoísmo acomodaticio de los que sólo querían paz y resguardar sus intereses dejando ir las cosas y los sucesos por su pendiente, todo lo cual constituía un conjunto de fuerzas negativas que en

razón de su naturaleza sólo obedecía al movimiento que le había impreso su propia inercia, sin previsión y sin objetivo determinado. Los disidentes, aunque débiles en número y desalojados del poder, tenían vistas más claras : perseguían un fin inmediato, que era llevar al gobierno á su jefe de partido, investirlo de la plenitud de las facultades de un jefe de Estado y proclamar francamente la independencia, pero para alcanzar esto, contaban con más audacia que medios, y los que pusieron en juego, los perdieron.

Una de las primeras cuestiones que ocupó al congreso, dió la medida de la inconciencia de la mayoría que lo dominaba y de la enérgica resolución de la minoría que afrontaba todas las consecuencias de la revolución. Pocos días después de instalado (27 julio) llegó al puerto de Valparaíso un navío inglés, cuyo comandante tenía encargo del virey del Perú, con credenciales de la regencia de España, de recoger el subsidio de guerra con que Chile debía concurrir á la lucha que sostenía la metrópoli en Europa. La cantidad depositada al efecto en las arcas fiscales ascendía á un millón seiscientos mil pesos. Los moderados, unidos á los godos, opinaron que debían entregarse, y la votación iba á sancionar este escándalo, que revestía los caracteres de una traición á la causa revolucionaria. Alzóse entonces la voz del diputado O'Higgins, en nombre de los trece patriotas que representaban la oposición, y dijo : « Á pesar de que estamos en minoría, » sabremos suplir nuestra inferioridad numérica con nuestra » energía y nuestro arrojo, y no dejaremos de tener bastan- » tes brazos para oponernos eficazmente á la salida de ese » dinero, tan necesario para nuestro país amenazado de in- » vasión. » Esta valiente protesta decidió á la votación en favor de la negativa.

La otra cuestión que se debatió entre los dos partidos en el terreno parlamentario, fué más fundamental, y decidió definitivamente la victoria de los conservadores. Habiendo el

Congreso reasumido la potestad ejecutiva á la vez que la legislativa, los liberales propusieron que se constituyese una junta ejecutiva de tres miembros, nombrados parcialmente por cada una de las grandes agrupaciones territoriales del país : el norte, el sud y el centro. Su objeto era hacer entrar á Rozas al gobierno por esta puerta falsa del federalismo provincial. Los moderados, limitáronse en el primer momento á aceptar la idea en teoría, aplazando la elección. Para decidir ésta los liberales apelaron á la intimidación por medio de tumultos populares y golpes de mano mal combinados, en que los amigos de Rozas hicieron el triste papel de conspiradores impotentes contra su propia obra, comprometiendo deplorablemente á su jefe en tan siniestras maniobras. Por esta vez, la razón, la opinión y la fuerza estaban de parte del Congreso, que con una firmeza y una unidad de acción que no era de esperarse de su composición ni de su temperamento, dominó legal y pacíficamente la situación y redujo á la impotencia á los vencidos en el terreno del voto y de los hechos. Despechada y mal inspirada la minoría de los trece, abandonó en masa la arena parlamentaria, y formuló su declaración de guerra, con protesta contra las decisiones del Congreso y amenaza de dirigir un manifiesto á sus comitentes, negándoles obediencia (13 de agosto). Dueña del campo la mayoría conservadora, designó los miembros de la Junta Ejecutiva, en que, pro-forma, cada uno de ellos se suponía representar una de las tres provincias del reino, según lo habían propuesto los radicales. Desengañado Rozas, y considerándose perdido, abandonó la escena política de la capital, y se dirigió á su antiguo teatro de operaciones, con el objeto de dar nuevo giro á la revolución, dejando á su partido deshecho, acéfalo y sin dirección. En Concepción fué recibido en triunfo, y allí formó una contra-junta é hizo que la provincia del sud retirase los poderes á sus diputados al Congreso.

El Congreso continuó sus trabajos, y dictó un reglamento

constitutivo, limitando su autoridad y deslindando las atribuciones de los poderes públicos, que en vez del orden introdujo la confusión en el gobierno y reveló su absoluta falta de nociones de derecho público y de la más vulgar previsión. Por él se constituía un poder ejecutivo sumamente débil, que dejaba desarmada la situación, mientras el parlamento se atribuía además de la plenitud de la potestad legislativa, el conocimiento de los principales negocios de política interior y exterior, guerra, justicia y administración. Dando un paso más adelante en este camino, llegó á tomar en consideración un singular proyecto de constitución etocrática, redactado por don Juan Egaña, por la cual se organizaba una nación soberana é independiente á perpetuidad, con vastas proyecciones continentales, según las ideas nebulosas del autor antes indicadas, á la vez que se declaraba en él, que « Fernando VII, » ó la persona física ó moral que señalase el congreso, serían » los jefes constitucionales de la nación chilena. » Por entonces esta constitución quedó archivada, y la revolución empezó á retrogradar por la acción negativa de sus autores y la reacción de sus elementos ocultos de presencia.

CAPÍTULO VIII

DESARROLLO Y CAÍDA DE LA REVOLUCIÓN CHILENA

AÑO 1811-1814

Paralización revolucionaria. — Aparición de Carrera y su retrato. — Núcleo del partido carrerino. — Revolución liberal y política reformista. — Motín de Carrera y disolución del Congreso. — Aislamiento de Carrera en el poder. — El sud levanta la bandera parlamentaria. — Rozas y Carrera. — Pacto de federación. — Caída de Rozas y su muerte. — El año XII. — Interregno confuso. — Nuevo reglamento constitucional. — Invasión de Pareja. — Primera campaña de la Independencia de Chile. — Sorpresa de Yervas-Buenas y batalla de San Carlos. — Sitio de Chillán. — Retroceso militar de la revolución. — Combate del Roble. — Desprestigio de Carrera y su destitución. — O'Higgins general en jefe. — Los Auxiliares Argentinos en Chile. — Invasión de Gainza. — Nómbrase un Director supremo en Chile. — Derrota de Cancha-Rayada. — Acción de Cucha-Cucha. — Combate de Quilo. — Victoria del Membrillar. — Operaciones de los ejércitos beligerantes. — Defensa de Quechereguas. — Estado de la revolución sud americana. — Tratados de Lircay. — Política vacilante del gobierno chileno. — Relaciones argentino-chilenas. — Carrera se apodera nuevamente del mando. — La guerra civil estalla. — Invasión de Osorio. — Reconciliación de O'Higgins y Carrera. — Planes militares. — Sitio de Rancagua. — Caída de la revolución chilena.

I

La escisión del partido patriota y la consiguiente dispersión de las fuerzas cívicas, por la derrota de los que querían ir adelante; la política retardataria de los conservadores, á que concurrían los retrógrados y los trabajos disolventes de